

XXVI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO C

Am 6, 1.4-7; Sal 145; 1Tm 6, 11-16; Lc 16, 19-31

Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino, celebraba todos los días espléndidas fiestas. Y uno pobre, llamado Lázaro, que, echado junto a su portal, cubierto de llagas, deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico... pero hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió pues, que murió el pobre y los ángeles le llevaron al seno de Abraham. Murió también el rico y fue sepultado. Estando en el Hades entre tormentos, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Y, gritando, dijo: 'Padre Abraham, ten compasión de mí y envía a Lázaro a que moje agua en la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama.' Pero Abraham le dijo: 'Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado. Y además, entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros, no puedan hacerlo; ni de ahí puedan pasar hacia nosotros. Replicó. 'Pues entonces, te ruego, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta y no vengan también ellos a este lugar de tormento.' Abraham le dijo: 'Tienen a Moisés y a los profetas; que les oigan.' Él le dijo: 'No, padre Abraham, que si alguno de entre los muertos va a ellos, se convertirán.' Le contestó: 'Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convertirán aunque un muerto resucite.'

En la semana anterior, el evangelista Lucas hablaba del administrador inicuo, esta semana la liturgia de la palabra nos presenta el pasaje del rico epulón y el pobre Lázaro; siempre la palabra de Dios es como una antorcha, no solamente que ilumina sino que viene a disipar la oscuridad de nuestra vida. Lo común en estos textos evangélicos de la semana pasada y la presente es importante tenerlo en cuenta.

Haciendo una lectura muy literal del evangelio del presente domingo, San Lucas nos presenta dos personajes en condiciones y situaciones muy distintas, pero al final del mismo evangelio aunque el término de ambos es el mismo, según el evangelista, la condición de cada uno será distinta. Al respecto San Gregorio dice: «...debe advertirse que entre el pueblo son más conocidos los nombres de los ricos que los de los pobres, pero el Señor no cita el nombre del rico, sino el del pobre, porque el Señor conoce y ama a los humildes y desconoce a los soberbios. Para probar mejor al pobre, le embargaron a la vez la pobreza y la enfermedad. Prosigue: "Que yacía a la puerta del rico, cubierto de llagas"...» (San Gregorio, in Evang hom. 40).

Según las bienaventuranzas tanto de Lucas como Mateo, dicen: «...bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos (...), bienaventurados los que tienen hambre porque ellos serán saciados...». De acuerdo a este sentido, un bienaventurado no solamente se debe entender en el sentido material, al cual Dios ha podido bendecir su vida; porque de esta manera podemos pensar que la venida del Reino de los Cielos que Cristo ha anunciado, sería solamente una ficción. Es importante comprender que los bienes que el creyente puede poseer los pondrá siempre al servicio de sus hermanos, y esto es lo que han hecho los Santos, pues casi siempre a quienes hoy llamamos Santos en la Iglesia, no habiendo tenido posesión de bienes materiales, han procurado tenerlo no para sí mismos, sino para ofrecerlos y ponerlos al servicio de los pobres-necesitados. Es así que un bienaventurado es un hombre lleno del Espíritu de Dios

Bajo esta mirada, el evangelio de este domingo nos pone de manifiesto que cuando el hombre vive centrado en sí mismo y pensando que la vida solamente es una búsqueda de vivirla placenteramente, se le endurece el corazón y se pone insensible donde el prójimo no existe, porque se ha vuelto indolente. Solo en Dios, y en la experiencia del amor de Dios, el creyente alcanzado por este amor, puede abrirse al amor de los demás y no vivir encerrado en sí mismo, sino acogiendo al hermano. La vida del hombre alcanzado por Dios se transforma en una vida de gratitud, y esta vida de gratitud, se expresará, también en poner los bienes a disposición del hermano necesitado.

En el evangelio de este domingo, en el diálogo que se presenta entre Abraham con el rico epulón, cuando éste le pide que un profeta de entre los muertos vaya y hable a sus cinco hermanos, la respuesta es muy importante: «...si no escuchan a Moisés y los profetas aunque un muerto resucite no lo escucharán...». Esta afirmación pone de manifiesto el corazón del hombre, ante la escucha, por eso dice el profeta Isaías: «... la palabra de Dios es como una lluvia que descende y empapa la tierra y la fecunda para que dé frutos...»; que realiza lo que San Pablo afirma: «...ya no soy yo es Cristo que habita en mí....».

Dios es un buen Padre, que no ha creado al hombre para que viva en la miseria, ni tampoco que viva como miserable; pero por la dureza del corazón de los hombres, para que quede de manifiesto que las situaciones de tantos hombres que viven como miserables es por la dureza del corazón de aquellos que ya no ven en el otro al prójimo; sino que la dureza de su corazón los ha encerrado en su propio egoísmo y en su propia miseria; por eso la muerte para estos hombres, que viven encerrados en sí mismos se convierte solamente en el término fatal de su existencia, mientras para aquellos pobres que viven su vida, aunque estén llenos de carestías materiales, pero tienen su esperanza puesta en Dios, la muerte es el tránsito, el paso a la vida eterna, para la cual Dios ha creado al hombre, como dice en el libro de la Sabiduría: Dios no ha creado la muerte.

El gran Obispo de Hipona dice: «...puede entenderse esta parábola, considerando al Señor representado en Lázaro tendido a la puerta de aquel rico. Porque se abatió ante los muy soberbios judíos en la humildad de su encarnación, deseando saciarse de las migas que caían de la mesa del rico. Es decir, buscaba en ellos, aun cuando fuesen pequeñas sus obras de justicia, que no fuesen quitadas de su mesa, esto es, de su poder por su soberbia. Sus obras, aunque pequeñas y extrañas a la perseverancia de una buena vida, podían repetirse de vez en cuando, al menos como suelen caer las migas de la mesa. Las úlceras son los tormentos del Señor, los perros que las lamían son los gentiles, a quienes los judíos llamaban inmundos y sin embargo lamen ahora las llagas del Señor en los sacramentos de su cuerpo y de su sangre en todo el mundo, con una profundísima ternura. El seno de Abraham es el seno del Padre, en donde fue recibido el Señor cuando resucitó después de su pasión y a donde creo se dice que fue llevado por los ángeles, porque ellos anunciaron a los discípulos esta recepción que había tenido en el seno del Padre. Todo lo demás puede admitirse según la exposición que ya queda hecha, porque el seno del Padre se entiende como el lugar en donde las almas de los justos se ven con Dios, aun antes de la resurrección. ...» (San Agustín, De quaest. Evang. 2,38).

El Concilio Vaticano II al respecto nos dice, que hoy lo que se debe visibilizar en el mundo, es el milagro moral, donde se vea la conversión de vida del creyente, no solo su adhesión a Cristo; sino que nuestra vida sea una manifestación de Dios en nosotros. Esto es a lo que el Papa Francisco, nos está en estos días exhortando, a no vivir como burgueses, como su estar con Dios es para vivir una vida sin problemas y llena de souvenirs; y los ministros de la Iglesia, como dice San Agustín: los malos pastores se asemejan a los falsos profetas, que anuncian lo que sus oyentes desean escuchar.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar